SPIRIT ANIMALS
LIBRO 2
LA CAZA
MAGGIE STIEFVATER

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Paco Vara

La publicación de este libro se ha negociado a través
de la agencia literaria Ute Körner, S.L.U., Barcelona.
www.uklitag.com

Todos los derechos reservados.
Publicado por acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY 10012, EEUU.
SCHOLASTIC, SPIRIT ANIMALS y los logos asociados
son marcas y/o marcas registradas propiedad de Scholastic Inc.

© Scholastic Inc., 2014
© Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Victoria y William.

M. S.

Ártica
EURA
Trunswick
Castillo
de Puertoverde
Okaihee
Concorba
AMAYA
N

ERDAS
ZHONG
Jano Rion
Xin Kao Dai
Shar Liwao
OCÉANUS
NILO
Cien Islas
Stetriol

1

HIEL

El bosque estaba oscuro y plagado de animales. Bajo la vegetación, la noche parecía crujir, gruñir y revolotear.

A la débil luz de una linterna, un hombre y un chico contemplaban un frasco. Aunque el recipiente no era especial, el líquido que contenía era asombroso: una potente sustancia que podía forzar el vínculo entre un humano y un espíritu animal.

–¿Me dolerá? –preguntó el chico.

Su nombre era Devin Trunswick. Iba elegantemente vestido, y en su expresión había un gesto arrogante y cruel que el miedo no lograba borrar. Como hijo de un gran noble, jamás reconocería tener miedo de la oscuridad, ni siquiera aunque hubiese motivos para tenerlo.

El hombre, llamado Zerif, apartó la capucha de su capa azul para que el joven pudiera verle los ojos.

–¿Acaso importa? –dijo alzando el frasco–. Esto es un privilegio, joven señor. Te convertirás en una leyenda.

A Devin le gustó la perspectiva: en aquellos momentos, se sentía como lo opuesto a una leyenda. Provenía de una larga progenie de Marcados, personas que habían logrado estable-

cer vínculos con espíritus animales. Pero al llegar su turno, había fracasado, quebrando así la cadena. En su ceremonia del Néctar –el acontecimiento en el que todos los niños de once años bebían un líquido mágico, proporcionado por los capas verdes– no había logrado convocar ninguna bestia, por humilde que fuese.

Y por si fuera poco, su propio sirviente, un humilde pastor, había convocado a un lobo. Y no un lobo cualquiera: aquel aldeano se había vinculado con el lobo Briggan, una de las Grandes Bestias. A Devin aún le escocía la humillación.

Pero aquella sensación iba a acabar pronto. Dentro de unos instantes, Devin convocaría a un animal aún más poderoso. Se había preparado durante toda su vida para aquel momento. Llevaba aquello en la sangre. Su destino solo se había retrasado un poco.

–¿Por qué se llama Hiel? –preguntó mirando el frasco–. No suena nada bien.

–Es un chiste –replicó Zerif en tono seco.

–Yo no le veo la gracia.

–Has probado el Néctar, ¿verdad?

Devin asintió con amargura: le dolía incluso recordar el exquisito sabor de aquella poción.

–Bueno –dijo Zerif arrugando la nariz–, pues cuando pruebes la Hiel, lo entenderás. Te lo prometo.

El chico volvió la cabeza al oír un gruñido sordo entre los árboles. A su lado, una enorme araña descendía por una hebra. Devin trató de apartarse de su trayectoria.

–El animal que invoque tendrá que hacerme caso, ¿verdad? –preguntó–. ¿Hará todo cuanto le ordene?

–Los vínculos que se fuerzan con la Hiel son diferentes de los formados con el Néctar –le informó Zerif–. El Néctar será más dulce, pero la Hiel resulta más útil. El proceso se puede controlar con mucha mayor facilidad. Por ejemplo, puedes

estar seguro de que no te vincularás con esa araña que tan desesperadamente intentas evitar.

Devin frunció el ceño, molesto por que Zerif hubiera reparado en su terror.

–No me preocupa –replicó con altanería.

Sus ojos se posaron en la jaula cubierta que aguardaba ante ellos. Bajo la tela estaba el animal con el que se vincularía. Trató de adivinar qué podía ser; la jaula, muy grande, casi le llegaba al pecho. Se oía un rumor de arañazos bajo la tela.

Aquella era la criatura con la que compartiría el resto de su vida. La bestia que lo haría triunfar.

Zerif le entregó el frasco. Su sonrisa era tan amplia y alentadora como la de un chacal.

–Un sorbo bastará –dijo.

El chico se secó las palmas sudadas en la blusa. Había llegado el momento.

Nadie volvería a cuestionarlo.

Nadie dudaría jamás de su fuerza.

No sería el primer fracasado del linaje Trunswick: sería su primera leyenda.

Por la boca abierta del recipiente salía un hedor espantoso, como a pelo quemado.

Devin recordó el glorioso sabor del Néctar, como mantequilla sobre miel. Había sido maravilloso... hasta que salió mal.

Se llevó el frasco a los labios y, sin darle más vueltas, bebió un sorbo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para tragar la sustancia: aquello era como beber la mismísima muerte y la tierra en la que esa muerte estaba enterrada.

Y sin embargo, en medio de aquella negrura, algo comenzó a cobrar vida dentro de él, algo enorme, fuerte y oscuro. Su cuerpo apenas podía contenerlo. Devin ya no sentía terror: tan solo sentía que podía infundirlo.

Sin dejar de sonreír, Zerif retiró la tela que cubría la jaula.

2

PUERTOVERDE

–Ya casi estoy lista, Uraza –dijo Abeke deslizando un brazalete en su delgado brazo.

Sus palabras iban dirigidas a la hembra de leopardo que paseaba con impaciencia por la estancia. El cuarto era demasiado pequeño para un leopardo –o tal vez el leopardo fuera demasiado grande para el cuarto–, y el gran felino tan solo podía dar unos pocos pasos antes de soltar un bufido y girar en sentido contrario.

Abeke la comprendía perfectamente.

En tan solo unas semanas, su mundo se había visto reducido de su hogar en las llanuras de Nilo a un atestado campo de entrenamiento, y luego se había vuelto a reducir hasta convertirse en aquella fortaleza. El castillo, llamado Puertoverde, era el cuartel general de la hermanad de capas verdes, los guardianes de Erdas. Aquel enorme edificio erigido en lo alto de una cascada resultaba impresionante; sin embargo, tanto Abeke como Uraza se sentían más atraídas por el bosque que lo rodeaba.

Al otro lado de la ventana sonó la campana de una torre distante. Tres toques: era la hora del adiestramiento.

Uraza empezó a dar vueltas aún más rápidas mientras emitía gruñidos de impaciencia.

–¡Vale, ya vamos!

Abeke ciñó el brazalete para que no se le escurriera. Aunque sus hebras parecían de alambre, en realidad eran pelos hervidos de cola de elefante. Los cuatro nudos de las hebras simbolizaban el sol, el fuego, el agua y el viento. Su perfecta hermana, Soama, se lo había regalado al marcharse de casa; según ella, le traería buena suerte.

Pero Abeke no estaba segura de que fuera la buena suerte lo que la había sacado de Nilo. Había convocado a una Gran Bestia como espíritu animal, lo cual parecía ser algo afortunado. Pero inmediatamente después, había sido reclutada por los aliados del Devorador, el mayor enemigo del mundo conocido, y aquello era, sin duda, mala suerte.

Más tarde, cuando se dio cuenta del error que había cometido, los capas verdes la aceptaron en su hermandad, algo que en principio debería considerarse como buena suerte. Pero en aquellos momentos, a Abeke no se lo parecía. Solo había hecho un amigo desde que todo comenzara, un muchacho llamado Shane, y él seguía en el bando contrario, con los conquistadores del Devorador. Abeke había cambiado a su único amigo por tres chicos que no confiaban en ella.

En realidad, Abeke se habría conformado con la buena suerte de no volver a perderse en el gigantesco bastión de los capas verdes.

Abrió la puerta y se echó sobre los hombros la capa verde que simbolizaba su compromiso de defender a Erdas. El sombrío pasillo estaba lleno de ruidos. Un mono chillaba en algún lugar de las cercanías, y una grave voz de hombre retumbaba por debajo. Algo más allá, un burro rebuznaba y un rumor de

pezuñas rebotaba en las paredes de piedra. Abeke se agachó para evitar que un ave amarilla como un plátano le golpeara la cabeza al pasar sobre ella.

Al ver el pájaro, Uraza saltó hacia él con un rugido tan amenazante como juguetón. El ave amarilla soltó un graznido de terror. Justo antes de que Uraza la aprisionase entre sus zarpas, Abeke agarró al felino por la cola y su salto se interrumpió con un aullido.

Uraza se giró y enseñó los colmillos en una mueca furiosa.

El corazón de Abeke se detuvo.

Entonces, el leopardo se dio cuenta de que la mano que le tiraba de la cola era la de Abeke. Su rictus de rabia se deshizo, y le dedicó a Abeke una mirada ofendida y triste. El ave huyó aleteando frenéticamente por el corredor.

–Discúlpame –dijo Abeke–, pero no podía dejar que te lo comieras. ¡Era el espíritu animal de alguien!

A Abeke ya no le extrañaban aquellas cosas. Al principio se había asombrado de que una Gran Bestia como Uraza no comprendiera que no estaba bien comerse a otros espíritus animales.

Sin embargo, no había tardado mucho en darse cuenta de que a Uraza, a veces, le pesaba más la parte de bestialidad que la de grandeza.

–Quizá deberíamos hacer esto –le dijo Abeke al leopardo mientras extendía el brazo.

Todos los espíritus animales tenían la capacidad de entrar en estado de letargo. Si Uraza decidía hacerlo en aquel momento, se convertiría en un tatuaje sobre la piel de Abeke hasta que llegaran al lugar de entrenamiento. Que Abeke supiera, los tatuajes nunca habían devorado a nadie.

Pero Uraza se había hartado de estar encerrada. Observó el brazo extendido de Abeke durante unos segundos y luego se volvió y siguió caminando por el corredor.

Abeke no insistió; no quería llegar tarde. Mientras se apresuraba pasillo abajo tras el felino, se cruzó con varios capas verdes que la saludaron por su nombre. A Abeke le supo mal no poder corresponderles, pero todos la conocían mejor que ella a ellos. Los cuatro chicos recién llegados al castillo –Abeke, Rollan, Meilin y Conor– eran conocidos por todos: no en vano habían logrado invocado a los Cuatro Caídos.

Uraza bajó de tres saltos una escalera de caracol, se detuvo y emitió una especie de gorjeo. Abeke se detuvo junto a ella. Se encontraban ante dos pasillos idénticos, ambos con paredes enyesadas y techos de madera. Tan solo uno de ellos conducía a la sala de entrenamiento. ¿Cuál sería?

–¿Tú qué piensas, Uraza? –preguntó Abeke.

Los ojos del leopardo oscilaron entre los dos pasillos, mientras su larga cola se agitaba lentamente.

De repente, Abeke se dio cuenta de que no parecía un leopardo decidiendo qué camino tomar. En lugar de eso, parecía un leopardo a punto de...

Uraza embistió el muro y rebotó, convertida en un ágil borrón negro y dorado. Un gruñido bajo y aterrador escapó de su garganta. Por un momento, Abeke solo pudo pensar: *¡Qué maravilla de animal!*

Entonces comprendió que Uraza estaba cazando. Su infortunada presa se había agazapado en un hueco de la pared enyesada: era un animal menudo semejante a una ardilla, con las patas rosadas, el dorso rayado y los ojos saltones. A Abeke le parecía un petauro del azúcar.

A Uraza le parecía simplemente delicioso.

–¡Uraza! –gritó Abeke, tratando de aferrar sin éxito la cola del leopardo.

El petauro voló atravesando el pasillo, con las extremidades estiradas: tenía membranas de piel entre las patas, lo que convertía su cuerpo en una especie de parapente peludo. Uraza

saltó tras él, rápida como el rayo, pero el petauro se apartó de su trayectoria en un instante.

Ambos se precipitaron pasillo abajo. El petauro se subió a una mesa y Uraza derribó el mueble; el petauro se arrojó sobre un tapiz que representaba a Olvan, el comandante de los capas verdes, y Uraza desgarró la tela hasta arrancarla del muro. Abeke sintió que su dignidad se hacía jirones al mismo tiempo que el tapiz.

Corrió tras las dos bestias, furiosa e impotente. Consiguió agarrar una pata trasera de Uraza, pero el leopardo se desasió fácilmente, dejando a Abeke con un puñado de pelos negros y amarillos.

La persecución continuó hasta desembocar en un pequeño comedor que Abeke jamás había visto, lleno de bancos con capas verdes sentados. Abeke rodeó a los comensales mientras el petauro y Uraza corrían sobre la larga mesa. Los platos volaban. Un hombre acabó con la cara bañada en gachas de avena. Otro comensal cerró los ojos ante una avalancha de frutas.

Abeke acababa de añadir un escándalo a la carta del desayuno. Sintió que los ojos de los comensales se clavaban en ella, y por un momento estuvo a punto de gritar que la culpa era de Uraza, no suya. Pero suponía cuáles serían sus respuestas: «A ti te corresponde controlar a tu espíritu animal». «¿Es que no puedes dominarla?». «¡Asume tu responsabilidad». «Nos has fallado, Abeke». «Quizá este no sea tu sitio, después de todo».

No había tiempo para disculparse ni para reparar el daño. Siguió corriendo tras los animales, que atravesaron como rayos varios pasillos, cruzaron una gran sala llena de sillas y acabaron por detenerse en una estancia con una gran puerta cerrada al otro lado. El petauro profería gemidos de pánico que sonaban como los crujidos de una mecedora.

Abeke resolló. Allá, en Nilo, podía perseguir a sus presas durante horas sin que su aliento se agitara. ¿Qué le estaba haciendo aquel castillo?

–Uraza –jadeó tratando de agarrarla por un costado–. Estamos aquí para salvar el mundo del devorador, no para que devores a nadie.

Eso hizo detenerse a Uraza, lo que dio al petauro el tiempo justo para trepar hasta un candelabro que pendía del techo y acurrucarse allí. Tanto Abeke como la pequeña criatura suspiraron de alivio.

Uraza empezó a trazar círculos bajo la lámpara, pero la cacería había llegado a su fin. *Ahora sí que nos hemos perdido*, pensó Abeke con desánimo.

En realidad, lo que más le preocupaba no era perderse, sino llegar tarde. No porque acarrease ninguna penalización –sus instructores eran sumamente comprensivos–, sino porque su tardanza alimentaría los problemas entre ella y sus compañeros. Los otros tres chicos habían iniciado juntos su adiestramiento, mientras Abeke aún estaba entre las filas de los conquistadores. Y ahora se sentía como una intrusa, una antigua enemiga a la que todos miraban con suspicacia. Si tardaba en llegar al entrenamiento, los demás pensarían que estaba espiando a los capas verdes para enviarle mensajes secretos a Zerif, el lugarteniente del Devorador que se la había llevado tras su ceremonia del Néctar. O tal vez creyeran que le había pedido a Uraza que se comiese a otros espíritus animales...

Tenía que llegar a la sala de entrenamiento cuanto antes.

Quizá tras aquella gran puerta hubiese alguien que pudiera ayudarla a orientarse. Y aun si la sala estaba vacía, al menos podría averiguar qué se escondía tras aquel intrigante dintel arqueado. Abeke estaba segura de que la puerta conduciría a otra habitación, pero al mismo tiempo tenía la impresión de

que, si la cruzaba, saldría al exterior. Era una sensación tan potente como inexplicable.

Empujó la puerta con cautela. Al otro lado había una habitación en penumbra que jamás había visto, atiborrada de instrumentos musicales, exóticas obras de arte y espejos. Había una pila de tambores tan alta como Abeke, un instrumento parecido a un piano del tamaño de un perro y un cesto lleno de flautas traveseras y de pico. El retrato de una chica le sonreía desde una pared, y en otra había un mural que representaba a un hombre conduciendo decenas de animales desconocidos por una llanura.

La sala olía a polvo, a madera y a cuero. Y sin embargo, para sorpresa de Abeke, había algo en aquel aroma que hablaba de aire libre, aunque de nuevo no supo explicarse el porqué.

En el centro de la estancia había un hombre de pie, con la cabeza gacha. Estaba tan concentrado que ni siquiera había advertido la llegada de Abeke.

Tal vez su espíritu animal estuviese aletargado, pero Abeke comprendió rápidamente que no podía saberlo con seguridad. Aparte de su rostro, cada centímetro de la pálida piel que asomaba por las ropas estaba cubierto de tatuajes: laberintos, círculos, estrellas, lunas, nudos, criaturas estilizadas... La marca de su espíritu animal estaba camuflada entre el resto de dibujos que cubrían su cuerpo.

Abeke se sintió impresionada. Tanto si lo había hecho intencionadamente como si no, el hombre había ocultado muy hábilmente la identidad de su espíritu animal.

Por lo que podía ver de su rostro, parecía joven, aunque su pelo era casi blanco.

El hombre murmuraba para sí; aunque Abeke no distinguía sus palabras, le pareció que intentaba convencer a alguien. De repente sintió que había interrumpido algo secreto, casi

sagrado. La escena, en aquella sala en penumbra y llena de espejos, resultaba inquietante.

Abeke retrocedió. Ya encontraría el camino por su cuenta.

En la antesala, Uraza aguardaba con la cola cuidadosamente enrollada en torno a sus patas. Abeke no tenía necesidad de decirle lo disgustada que estaba: Uraza lo sabía perfectamente.

Sin decir una palabra, extendió el brazo y el leopardo se transformó en un tatuaje en su piel. Frotándose el brazo para calmar el pinchazo que siempre sentía cuando su bestia entraba en estado pasivo, Abeke echó a andar. ¿Acaso no decían todos en su aldea que era buena rastreadora? Daría con la sala de instrucción y, desde luego, se cuidaría mucho de no volver a perderse.

La sala de entrenamiento era la segunda estancia más espaciosa del castillo de Puertoverde. Luminosa y acogedora, tenía un techo altísimo a dos aguas para acoger a las bestias aladas. Un extremo de la habitación estaba dedicado al almacenamiento de armas: lanzas, mazas, hondas... Todo cuanto se pudiera desear, siempre y cuando se pudiera pelear con ello. Unos ventanales con vidrieras adornaban las paredes, cada uno de ellos con la representación de una Gran Bestia.

Abeke entró, incómoda por las miradas recelosas de los demás. Rollan, el desastrado huérfano que había invocado al halcón Essix, frunció el ceño al verla. Meilin, que estaba junto al panda Jhi, se mantuvo tan imperturbable como siempre. Tan solo Conor, el chico rubio de piel pálida que había convocado al lobo Briggan, le ofreció a Abeke una tímida sonrisa.

Tarik, el capa verde que estaba a cargo de su entrenamiento y de su futuro, se encontraba frente a una pantalla de tela. Su tez curtida por la intemperie era solo algo más clara que la de Abeke. En aquel momento tenía el ceño fruncido en un gesto de perplejidad.

–Abeke, ¿es que no has oído las campanadas que avisaban del inicio del adiestramiento?

De nada serviría culpar a Uraza. Sabía lo que diría Tarik: «Tienes que aprender a trabajar con Uraza en escenarios mucho más complicados que los corredores de esta fortaleza». Además, no quería dar a los demás más razones para desconfiar de ella.

–Lo siento, me he perdido –murmuró mientras liberaba rápidamente a su bestia.

–¿Perdido? –Meilin puso los ojos en blanco y se volvió hacia Tarik–. ¿Podemos empezar ya? Cada minuto que pasamos aquí sin hacer nada, una ciudad de Zhong cae ante los conquistadores.

–Eso son muchas ciudades –repuso Rollan–. ¿Quieres decir que han caído once ciudades mientras estábamos aquí esperando? ¿Cuántas crees que cayeron durante el desayuno? ¡Fueron casi veinte minutos! ¿Cómo...?

–Rollan, no es para tomárselo a broma –le interrumpió Tarik–. Y Meilin tiene razón: cada minuto es precioso. Sin embargo, creo que merece la pena esperar para que entrenéis juntos. Hoy lucharéis cuerpo a cuerpo contra otros capas verdes.

Meilin sonrió, confiada en sus habilidades.

–Yo me pido la maza –dijo Rollan–. Y los nudillos de bronce.

–No vayas tan deprisa –le cortó Tarik.

Cuatro capas verdes entraron en la sala. Aunque sus espíritus animales estaban en forma pasiva, los cuatro alzaban los brazos para mostrar sus tatuajes a los cuatro chicos, como

si quisieran presentar a sus bestias. Había una llama, un murciélago frugívoro, un lémur y un puma.

–No siempre tendréis armas a vuestra disposición –explicó Tarik–. Lo más habitual será que los ataques lleguen cuando no estéis preparados, mientras dormís o coméis. Así pues, hoy no usaréis las armas que hay en las paredes.

Descorrió la cortina que tenía detrás, revelando un sinfín de objetos cotidianos: sartenes, escobas, platos, almohadas...

–Usaréis esto.

–Ah, yo hacía esto a diario en mi vida anterior –bromeó Rollan.

–¡Esto es ridículo! –se indignó Meilin–. Tal vez un chico de la calle esté dispuesto a luchar con esos trastos, pero a mí me iría mejor con las manos desnudas.

Abeke intercambió una mirada con Conor, y ambos se acercaron a la pared sin decir nada y se dispusieron a escoger sus armas.

–Coged lo primero que veáis –indicó Tarik–. Cuando silbe, cambiad de objeto.

Abeke eligió una escoba y Conor un rastrillo.

–Toma –dijo Rollan ofreciéndole a Meilin un pañuelo que colgaba de la pared–. Esto no arañará tus nobles manos.

Meilin sonrió con dulzura, agarró una sartén y se la ofreció a Rollan.

–Y esto es para ti: no se requiere mucho cerebro para saber usarlo.

Rollan la aceptó con una reverencia burlona.

–Todo el mundo a sus marcas –ordenó Tarik.

Los cuatro chicos se situaron en sus puestos, frente a los cuatro capas verdes. Abeke tenía enfrente a un hombre de mediana edad con un tatuaje de un lémur. En sus grandes ojos había una mirada amigable. La espada que blandía, sin embargo, no parecía tan amigable.

–Soy Errol –se presentó el hombre tocándose el pecho.

–Yo me llamo Abeke.

–Ya lo sé –respondió el hombre con una sonrisa cálida.

La voz de Tarik interrumpió las presentaciones.

–Equipo veterano: mantened a vuestros animales en forma pasiva. Equipo joven: podéis usar todos los poderes que tenéis a vuestra disposición. Vuestro objetivo es desarmar a los oponentes. Si lo lográis, tratad de inmovilizarlos en el suelo.

–¿Cuánto durará el combate? –preguntó Meilin–. ¿Cómo sabremos si hemos vencido?

–Aquí no se gana ni se pierde, Meilin –replicó Tarik–. No tenemos tiempo para juegos. Lo que quiero es que me demostréis que podéis inmovilizar a un rival; de ese modo, tal vez me sienta más cómodo al poneros en situaciones de riesgo. ¿Estáis preparados? Tres, dos...

Tarik se llevó la mano a los labios y emitió un silbido penetrante.

Abeke se dio cuenta enseguida de que su escoba poco podía hacer contra la espada de su oponente, así que, recordando su pasado de cazadora en Nilo, la arrojó como si fuera una lanza. El palo rebotó sin causar daño alguno en el pecho de Errol, y este sonrió y se agachó a recogerla.

–Te la devuelvo por esta vez –dijo mientras se la tendía, alzando la voz para hacerse oír sobre el estruendo metálico de las armas y las maldiciones de Rollan–. Pero recuerda que ese chisme no tiene punta. Si me lo arrojaras en una pelea de verdad, no tendrías nada con lo que rechazarme cuando yo te acometiera con mi espada.

–Es cierto... –murmuró Abeke, ruborizada.

–Aun así, ha sido un buen tiro –la animó Errol–. Te daré un consejo: usa la escoba para defenderte y utiliza a tu animal como arma. Si dispones de un arma de verdad, haz lo contrario: ataca con ella y defiéndete con Uraza.

–Gracias –contestó Abeke–, pero eres demasiado amable. No me hagas favores, ¿vale? Quiero que pelees de verdad.

–Por supuesto –asintió Errol–. Cuando salgáis de aquí, tendréis que estar preparados para todo tipo de ataques. No me hagas favores tú a mí, Abeke: pelea con todas tus ganas.

Abeke lanzó una mirada furtiva a sus compañeros. Meilin, encaramada sobre los hombros de su adversario, le tapaba los ojos con el pañuelo de seda. *Si Meilin puede hacerlo así de bien con un trozo de tela, ¿cómo no voy a apañármelas yo con una escoba?*

En esta ocasión, cuando Errol acometió con la espada, Abeke usó el palo para bloquear sus golpes lo mejor que pudo. Las estocadas del capa verde eran cada vez más fuertes, tanto que la escoba empezó a astillarse.

–¡Perdona! –exclamó Abeke.

Él la miró, perplejo.

–¿Por qué?

–¡Por esto!

Haciendo un esfuerzo por acallar su mala conciencia, Abeke golpeó la cara del espadachín con las cerdas de la escoba. Atragantado por los estornudos, él trató de dispersar la nube de polvo, pelusas y pelos de animales que le rodeaba la cabeza, mientras lanzaba estocadas sin ton ni son.

Dijo que no le hiciera ningún favor..., pensó Abeke, y acto seguido llamó a su leopardo:

–¡Uraza, sal!

Justo cuando la espada de Errol partía la escoba provocando una lluvia de astillas, el leopardo se abalanzó sobre el espadachín y le golpeó el pecho con las patas delanteras. Errol cayó de espaldas y su espada rebotó en el suelo con estrépito.

Uraza se lamió una zarpa tranquilamente.

Errol, tirado en el suelo, le hizo un guiño a Abeke y levantó el pulgar. Abeke sonrió: resultaba agradable sentirse aceptada.

De pronto se estremeció al oír un ruido estridente: Tarik había vuelto a silbar.

–¡Nueva arma! –gritó–. Ahora quiero que luchéis en equipo. ¡Vamos, elegid otro objeto!

Abeke se hizo con un pesado mortero de madera, mientras Conor agarraba una cuchara y Meilin y Rollan se disputaban un florero. Meilin acabó con el cacharro de porcelana y Rollan con las flores secas que contenía.

–¡Eh, un momento! –protestó Rollan.

Tarik silbó otra vez

–¡Vamos, trabajad los cuatro juntos!

Esta vez los cuatro capas verdes atacaron a la vez, y los chicos los recibieron espalda contra espalda. El cuenco de madera de Abeke servía bien como escudo. Por el rabillo del ojo vio que Conor y Briggan colaboraban, arremetiendo y retirándose alternativamente con gran rapidez.

Muy astuto, pensó. *Conor se ha tomado a pecho los entrenamientos: haría un buen papel aunque lo sorprendieran en campo abierto y sin armas.*

De hecho, su compenetración era sorprendente; aunque Briggan y Conor habían ido mejorando en cada sesión de adiestramiento, aquello suponía un enorme paso adelante.

Los capas verdes veteranos cambiaron repentinamente de táctica y se arrojaron al mismo tiempo sobre Abeke, quien se vio frente a dos espadas, una lanza y un hacha. Era imposible contenerlos, incluso con ayuda de Uraza.

El cuerpo sinuoso del leopardo se pegó al suelo y se deslizó hasta situarse bajo el capa verde con el tatuaje de la llama. Sin sacar las garras, lanzó un zarpazo que hizo tropezar al hombre, quien se tambaleó y se estampó contra el suelo. Abeke usó el mortero para rechazar al adversario con el tatuaje del murciélago, y Uraza saltó ágilmente sobre sus hombros. Abrumado por el peso del felino, el hombre cayó de rodillas.

Pero su éxito duró poco: mientras Uraza estaba ocupada, los otros dos capas verdes acometieron a Abeke. La espada de Errol le arrancó el cuenco de las manos. Mientras Abeke trataba de recuperarlo, el otro capa verde le propinó un golpe con el lado plano de su hacha que le cortó la respiración y la derribó. Abeke dio un respingo cuando su espalda golpeó dolorosamente el suelo.

Tarik soltó un nuevo silbido, más alto y prolongado que los otros.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó en tono irritado–. ¡No creo haberos dicho que os comportarais como espectadores! ¿Dónde estabais? ¿Cómo habéis podido dejar que la venzan así?

Conor agachó la cabeza, avergonzado, mientras Rollan se encogía de hombros como si la cosa no fuera con él. Meilin, por su parte, mantuvo una expresión inescrutable en su delicado rostro. Ninguno de los tres ofreció una explicación: no hacía falta.

No confían en mí, pensó Abeke, notando cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Llevaba demasiados días aguantando sin decir nada la suspicacia con la que la miraban sus compañeros. Y ahora, a eso se sumaba el dolor de la caída y la humillación de haber sido derrotada de modo tan abrumador. Pero no quería llorar delante de ellos, y menos estando Meilin presente. Seguro que Meilin nunca lloraba por nada.

–Estoy profundamente decepcionado –dijo Tarik–. La esencia de una buena estrategia es utilizar sabiamente los recursos. Abeke es un recurso muy valioso, y deberíais haberla protegido.

Conor ofreció su mano a Abeke, que dudó un momento antes de aceptarla.

–Lo siento –dijo el chico.

Al otro lado del salón, unos pasos resonaron en el incómodo silencio. Era Olvan, el comandante de los capas verdes.

Como siempre, sus movimientos eran lentos y calculados; incluso cuando su espíritu animal –un alce– no era visible, su presencia resultaba imponente. Olvan se acarició la barba mientras contemplaba los destrozos: cristales rotos, una escoba partida, flores secas desparramadas...

–Tarik, sabes que no me gusta interrumpir los entrenamientos –dijo–. Sin embargo, me temo que esto es importante.

–Adelante –asintió Tarik, mirando aún con el ceño fruncido a tres de sus cuatro pupilos.

Olvan hizo un gesto con la cabeza a los cuatro capas verdes, y estos asintieron y se retiraron. Al salir, Errol se despidió de Abeke con la mano, y su expresión amable le dio a la chica aún más ganas de llorar.

–Hemos podido confirmar que una de las Grandes Bestias se encuentra en el norte de Eura –dijo Olvan cuando se quedaron solos–. Se trata del jabalí Rumfuss. De hecho, no está muy lejos de aquí. Debéis acudir de inmediato los cuatro, junto a las Bestias Caídas, para averiguar más datos. Tarik, tú volverás a acompañarlos.

–Yupi –masculló Rollan–. Ya está bien de entrenar con trastos absurdos.

Tarik carraspeó.

–No conozco esa región –dijo.

Olvan desechó su comentario con un ademán.

–Finn irá con vosotros. Se crio en la zona, así que puede serviros de guía.

–¿Finn? –repitió Tarik.

Aunque no añadió nada más, su tono hizo que Olvan alzase una de sus gruesas cejas. Era raro que Tarik protestara de aquel modo.

–¿Te preocupa algo? –preguntó con brusquedad el comandante de los capas verdes, y Tarik se limitó a sacudir la cabeza.

–Será bueno contar con otro par de manos –dijo Meilin.

–En tiempos Finn fue un gran guerrero, pero ha participado en demasiadas batallas –explicó Tarik con cautela–. Me temo que solo nos será útil como guía.

–Sin embargo, es un guía excelente –recalcó Olvan–. Aunque no luche a vuestro lado, os apoyará: eso es incuestionable. Ah, aquí está.

Finn entró en la sala con unas pisadas mucho más suaves que las de Olvan. Abeke se irguió, intrigada. La humillación de la derrota había desaparecido repentinamente, sustituida por la curiosidad.

Finn era el hombre tatuado de la sala de los espejos.

Y pronto, su vida y las de sus compañeros estarían en sus manos.

3

MISIVA

Lo primero que hizo Conor para preparar el viaje fue dirigirse a la cocina. No le importaba pasarse sin ropa limpia o incluso sin armas, siempre que tuviera provisiones.

La cocina, una fresca estancia excavada en la roca, estaba abarrotada. Los habitantes de Puertoverde requerían muchos cocineros: allí se alojaban multitud de capas verdes, acompañados por espíritus animales con dietas bastante extrañas. Así pues, Conor esquivó brazos, hombros y caderas para ir recogiendo provisiones que no se estropearan –cecina, galletas, fruta seca...–, sin parar de disculparse: «Perdone». «Lo siento». «Ay, no me había dado cuenta de que eso fuera su ojo...».

–Buen mozo –le dijo una cocinera rechoncha y adornada como un cojín decorativo–, no hace falta que te molestes en hacer estas cosas. Nosotros te prepararemos la bolsa. ¡Tú eres demasiado importante para estar en la cocina!

–¡Qué va! –protestó Conor.

La cocina era uno de los escasos lugares de Puertoverde donde se sentía más o menos cómodo. Conor provenía de una familia de pastores, y hasta el año anterior se había criado

en el campo. Su vida allí no era regalada, ya que tenía que trabajar de firme, pero era sencilla y se le daba bien. En los salones de aquella impresionante fortaleza se sentía fuera de lugar; la cocina se aproximaba mucho más a su ambiente.

–¡Pues claro que sí! –insistió la cocinera, risueña–. ¡Estás vinculado a una Gran Bestia! ¡Te espera un destino grandioso!

Conor metió un poco más de cecina en su bolsa, luchando contra el pánico que amenazaba con invadirle. La perspectiva de un destino grandioso no le resultaba especialmente agradable. Además, no todo el mundo le creía capaz de hacer grandes cosas. Su antiguo señor, el noble Devin Trunswick, siempre le estaba echando en cara su inutilidad.

–¡Ya ha llegado la barca del mensajero! –gritó un cocinero barbudo.

Se asomó a un ventanuco e hizo señas a Conor para que se uniese a él. La fortaleza estaba construida sobre un risco; aunque el mar quedaba a cierta distancia, la altura del edificio le permitió a Conor ver una pequeña embarcación que estaba varada en la playa. Dos mensajeros descendieron, iluminados por la luz dorada del atardecer. Mientras uno de ellos echaba a andar con paso firme, el otro echó a correr hacia la puerta principal de la ciudadela como alma que llevara el diablo.

¿Por qué correrá?, se preguntó Conor frunciendo el ceño. *¿A qué vendrá tanta prisa?*

Aprovechando que Conor estaba distraído, los cocineros le llenaron la bolsa de comida, incluido un gran hueso para Briggan. Algo después, el mensajero que corría desapareció por el costado de la fortaleza; el otro entró por un portón lateral y apareció al cabo de un momento en la cocina. Llevaba una bolsa llena de cartas, una de las cuales era para Conor.

El chico aceptó la misiva tratando de disimular su sorpresa. Conocía a poca gente que pudiera escribirle. Aunque estaba muy unido a su familia y a la gente de su aldea, ninguno de